

de América, como todo un español, que al ver a su España sin Constitución optó por el exilio. Ahora en un Orden Constitucional, que bello sería rescatar a Don Angel Osorio y Gallardo, autor del “Alma de la Toga” y de dos obras muy bellas que ha publicado en el exilio: “La España de mi vida” y “Orígenes próximos de la España actual (De Carlos IV a Franco)”.

Y como el Estado Español es hoy el de las autonomías y nacionalidades, bien pudiera honrarse a los más dignos como patronos laicos en los respectivos Colegios de Abogados, regionales o nacionales. Ejemplos no habrían de faltar. Pero ya me felicito que en Venezuela se establezca por decreto N° 623, de 21 de junio de 1971, siendo Presidente de la República, Rafael Caldera, día nacional del abogado, el 23 de junio de cada año, fecha del nacimiento del doctor Cristóbal de Mendoza, Jurisconsulto insigne, Prócer de la Independencia y Presidente del Primer Poder Ejecutivo de la República, por interpretar así las aspiraciones del Gremio, y que tal ejemplo pueda cundir en mi Asturias, honrando como patrón laico a quien más lo merezca.

LA LOGICA DE LOS DISCURSOS Y LA CUESTION DEL SUJETO EN LA BIOGRAFIA HISTORICA*

(VERSION PRELIMINAR)

Por SUSANA STROZZI (Venezuela)**

Madrid, 26 de agosto al 2 de septiembre / 1990

1. - El tema de la *biografía histórica* y el renovado interés por él se manifiesta, tanto en círculos académicos como entre el público en general, puede ser abordado y discutido desde varios puntos de vista. Creo provechoso comenzar con unas pocas consideraciones sobre la vigencia antes aludida.

Aunque parezca fuera de lugar la referencia a ciertas producciones de venta y consumo masivos, el hecho es que, más allá de la a veces dudosa profesionalidad de los autores y de una escandalosa publicidad editorial, la demanda de los lectores se sostiene, reiterando la curiosidad contemporánea por los grandes personajes y sus hechos. Por otra parte, un historiador tan prestigioso como Jacques Le Goff, en el curso de una entrevista publicada en “L’ANE” el año pasado,¹ hablaba de su obra en preparación —la biografía de San Luis— aceptando que la renovación del género biográfico encuentra su paralelo en el interés que otorga el discurso

* Ponencia presentada en el 17º Congreso Internacional de Ciencias Históricas.

** Profesora de la Universidad Central de Venezuela, miembro del Comité Nacional de Ciencias Históricas.

1. LE GOFF, JACQUES, “Que Demande-t-on à l’Histoire; Entretien avec Jacques Le Goff”, en L’ANE, N° 38 (1989), 26-30.

político contemporáneo a la personalidad de los Jefes de Estado. Esa atracción específica por la cuestión del poder y sus relaciones con el individuo o, dicho de otra manera, la influencia del individuo (éste o aquel personaje) en el curso de los acontecimientos, parece ser lo que se inscribe, entonces, en el meollo de la cuestión. Todo podría pasar por una cuestión de moda, pensable en términos de difusión cultural y de mercado, inclusive como fenómeno de moda intelectual. Sin embargo, en términos estrictamente historiográficos, el hecho se muestra como una curiosa vuelta de tuerca que sólo parece inteligible, a primera vista, desde una crítica a la escuela de los *Anales* y también, en parte, a la “nueva historia”, las cuales, con su énfasis en las estructuras, en la larga duración, y en la reconstrucción de la vida colectiva y anónima de los grupos sociales sumergidos, llevaron a la pérdida inevitable del acontecimiento y con él de los hombres que son sus protagonistas. Durante varias décadas, en efecto, el irrumpir de esas historias a veces casi inmóviles hizo desaparecer aquella otra “de los hombres ilustres, de los gobiernos, las divisiones y las querellas de las élites...”² No obstante sus muy valiosos aportes, especialmente en relación con los diferentes estratos y series armados por el historiador, es obvio que sus mismos oficiantes se cansaron dice Le Goff, de vivir entre las estructuras, las sociedades, lo colectivo. El *personaje*, o lo que es igual, el individuo, pudo pasar, así, a convertirse en el bocado de carne fresca ansiado ahora por el historiador, sobre todo cuando se trata de análisis político, es decir, de relaciones entre hombres concretos en términos de poder. En ese sentido, Le Goff hace dos observaciones importantes: una, relativa a su confianza en el progreso de las técnicas que llevará al historiador a hacer historias de vida, por ejemplo, a la manera de los antropólogos y los sociólogos, para intentar llegar hasta aquellos situados en la base de las jerarquías sociales y determinar su relación con los acontecimientos. Como por el momento, sin embargo, y en razón de limitaciones que le son propias, el historiador tiene que contentarse con los personajes para tratar de atrapar esa articulación, Le Goff advierte —y he aquí el otro cuerno de la paradoja— que con lo que se encuentra es con una “resistencia” por parte del individuo. Y agrega textualmente: hay que tomar al personaje estudiado en relación con su función, su rol, etc..., con todo aquello que los sociólogos, los psicoanalistas, pueden colocar bajo esas palabras.

No es necesario estar de acuerdo con Le Goff y su reivindicación de una “historia total”. Lo que quiero subrayar aquí es que su perspectiva y su trabajo ponen de manifiesto uno de los rasgos que más llaman la atención en el desarrollo contemporáneo de las ciencias humanas y al que, por supuesto, no puede escapar la historia. A veces calificado como “crisis”, consiste en la tendencia creciente a trascender las limitaciones impuestas por las barreras disciplinarias. Así, historia, antropología, sociología, psicoanálisis, se anudan hoy día través de la práctica de la investigación, estimulando de paso —como siempre ocurre en estos casos—³

-
2. GUERRA, FRANÇOIS-XAVIER, “Lugares, formas y ritmos de la política moderna”, Conferencia José Gil Fortoul, Acad. Nac. de la Historia, Caracas (1988).
 3. PIAGET, JEAN, *Naturaleza y métodos de la epistemología* (1970).

interesantes reflexiones en por lo menos dos terrenos privilegiados para ello, a saber, el de la epistemología y el de la historia de las ciencias.⁴ El problema está en el producto de estos esfuerzos, limitados muchas veces a yuxtaponer resultados parciales, juntando elementos tomados del fondo de conocimiento acumulado por las distintas ciencias o bien, inclinados por una selección acrítica a favor de modelos teóricos extraídos de disciplinas circunstancialmente más prestigiosas que la propia. En síntesis, la modalidad que en un trabajo reciente he llamado “la técnica de la Y”.⁵ Afortunadamente, también ocurre que la marcha de las investigaciones va configurando verdaderas “tierras de nadie” disciplinarias, las cuales se han empezado a constituir, en consecuencia, como los ámbitos plurales e intensamente estimulantes del nuevo saber.

De todo lo anterior se desprenden dos puntos que quiero destacar: 1) la comentada atracción contemporánea por los personajes y sus hechos que, como hemos visto, va más allá del campo científico, y 2) la pregunta, que viene desde la historia, por el *cómo* abordar su estudio, es decir, la problematización metodológica. En relación con este último aspecto deseo introducir otro elemento en la discusión. Para hacerlo me permito traer una cita, un poco larga pero particularmente pertinente. En una reseña sobre una extensa biografía de Rosa Luxemburgo publicada en 1966 dice Hannah Arendt:

“*La biografía* definitiva, al estilo inglés, cuenta entre los géneros más admirables de la historiografía. Extensa, documentada a fondo, con notas abundantes y generosamente rociada de citas, aparece por lo regular en dos gruesos volúmenes y *dice más sobre el período histórico en cuestión*, y con mayor viveza, *que todos los libros de historia*, excepción hecha de los más excepcionales. A diferencia de otras biografías, la historia no se trata aquí como la base inevitable del recorrido vital de una persona famosa; surge más bien como si la luz incolora del tiempo histórico se abriera paso y fuera refractada por el prisma de un gran carácter, de modo que en el espectro resultante se consigue una perfecta unidad de vida y mundo. He aquí por qué se ha convertido en el género clásico para las vidas de los grandes hombres de estado pero *ha permanecido inviable para aquellos* cuyo interés principal reside en el relato de una vida y, en general, de hombres o mujeres cuyo genio les obligó a mantenerse ante el mundo a cierta distancia y *cuya significación radica principalmente en sus obras* como instrumentos que añadieron al mundo y no en el papel que jugaron en él”⁶ (subrayados míos).

-
4. A partir de esas reflexiones, aquel movimiento se explica por las desorientaciones y limitaciones que, para cada disciplina particular, supuso la vigencia de un modelo que resultó hegemónico por largo tiempo en las ciencias humanas, como ya lo había sido en las físico-naturales, y que sirvió de base, en lo epistemológico y en lo institucional, para un acentuado proceso de división de las ciencias. Este, expresado concretamente en la departamentalización y la hiperespecialización, multiplicó el número de las disciplinas adjudicándoles infinitos objetos parciales. Supuso a veces, en un empirismo extremo, la parcelación igualmente *ad infinitum* de la llamada realidad social.
 5. STROZZI, SUSANA. “Psicoanálisis y Sexualidad”. *Entredichos* 6 (1990), 11-5.
 6. ARENDT, HANNAH, “Rosa Luxemburgo: 1871-1919”, *The New York Review of Books* (1966).

Ciertamente, ¿por qué y para qué una biografía —y cómo hacerla— cuando lo que interesa de tales o cuales hombres y mujeres no son sus *hechos* sino sus obras?

Es el momento de examinar lo que ha estado ocurriendo, más allá del terreno de la historia propiamente dicha, en disciplinas que, a pesar del nombre que las identifica, han escapado en cierta medida al trabajo del historiador y de sus métodos. Me refiero particularmente a la historia de las ideas, de las ciencias y también de la literatura y la filosofía. En todas ellas se registra actualmente un movimiento similar en el que la atención se ha visto desplazada desde las grandes unidades a los fenómenos de ruptura, con un cambio de dirección fundamental, además, desde el recorrido genético hacia el histórico-crítico.⁷ Por otra parte, y aunque con diferentes posiciones, la tendencia del análisis parece dejar de lado deliberadamente —como en el caso literario— a los “grupos”, “movimientos”, “generaciones”, etc., para indagar en la estructura propia de una obra, de un libro, de un texto. Investigaciones como las de Canghilem sobre las ciencias se ocupan, a su vez, de desplazamientos y transformaciones de conceptos y, en relación con las ideas políticas, Quentin Skinner y el contextualismo, no obstante plantear la importancia que tiene para el estudio de las ideas políticas el considerar las vinculaciones entre teoría y práctica, en su enfoque, el individuo, el *personaje*, desaparece al ser considerado como un simple emisor de discurso. El acento se coloca, de esta manera, en el *texto* y la doble contextualización, histórico-social e intelectual, que hace verlo en términos de respuesta a las preguntas específicas formuladas por el autor acerca de la sociedad sobre la cual escribe, permiten caracterizar las *acciones* del autor-agente según el grado en que su pensamiento, volcado en palabras, reproduce lo establecido o se aparta de ello. La interpretación que así procede, verdadera hermenéutica, no es sino una operación de restauración para resolver, en definitiva, cuál puede ser la originalidad de cada autor expresada en la enumeración de lo que en él se encuentra significado como nuevo.⁸

Evidentemente, y como se desprende de los ejemplos citados, aquí los interrogantes han cambiado respecto de los formulados desde la historia propiamente dicha. ¿Cómo —léase con qué concepto— pensar la discontinuidad? ¿Qué es una obra? ¿Qué es una teoría? ¿Qué es un texto? ¿Qué es, finalmente, interpretación?

Sin embargo, las viejas preguntas no son respondidas. Los anudamientos entre autor y obra, o lo que es igual, la relación entre vida y creación, tantas veces maltratadas o banalizada, sigue en pie.⁹ El fenómeno de la creación aparece, entonces, como el problema del acto, replanteándose así la cuestión del sujeto en tanto,

7. STROZZI, SUSANA, “Sobre el saber de la historia y otras historias (reflexiones preliminares a propósito de una crisis)”, TIERRA-FIRME, Rev. de Historia y Ciencias Sociales, VII, (1989), 326-334.

8. ————. “Maquiavelo: Acto e Interpretación” (1990).

9. La cuestión de las relaciones entre vida y obra, biografía e historia, ha estado sujeta al múltiple peligro de los *reduccionismos* —la obra como “reflejo”—, los *psicologismos* —la obra como producto de motivaciones profundas del autor— y, finalmente, a los *complementarismos* de pretensión totalizadora.

como bien nos recuerda Octavio Paz desde la literatura, "...el poeta, el escritor, es el olmo que sí da peras".¹⁰

2. - Desde Freud, la cuestión de la creación, en tanto involucra la problemática de la realización del deseo, pasa por el psicoanálisis. No obstante, es con el desarrollo contemporáneo de éste, a partir de Lacan y de su práctica, que se inicia un enorme esfuerzo de elaboración lógica de la cual da cuenta su enseñanza —su famoso *Seminario*— prolongado a lo largo de treinta años. Como es obvio, sólo será posible hacer aquí una muy breve presentación retórica para destacar los puntos que conciernen al tema en discusión.

Hay que recordar que la invención freudiana —el psicoanálisis— se produjo a partir del descubrimiento del inconsciente. Gracias a la escucha que prestó a sus históricas, Freud pudo advertir que el síntoma tiene un sentido, no el del universal de la medicina bajo la forma de compendio semiológico de enciclopedia, sino aquél que bajo forma fugitiva queda atrapado en la demanda (queja) de la histórica, es decir, su deseo. El *sujeto* freudiano que de allí resulta es un sujeto dividido en el cual no sólo el síntoma o la inhibición son los signos de su inadecuación consigo mismo, sino que, como lo muestran sus sueños o sus lapsus, no sabe los pensamientos que lo determinan. Para Freud, esa división tiene sus fundamentos en una ley fundamental, una ley de simbolización, a la que bautiza como "complejo de Edipo". Ella no consiste sino en la prohibición del goce y, al instaurar la alianza en sustitución del acoplamiento, marca el tránsito de la naturaleza a la cultura al hacer prevalecer el intercambio como base de lo social. Pero es también la castración que, al hacer imposible el goce, hará aparecer el *deseo* del sujeto.

En Lacan, en cambio, el origen de la división es doble: de un lado, se produce por la incidencia del significante en el deseo que hace de cada hombre un jirón de discurso. Dicho de otro modo, no sólo el lenguaje está allí como preexistente al sujeto sino que, para cada ser hablante, hay palabras que fueron decisivas. Desarrollo de la operación de alienación como fundadora del sujeto del inconsciente cuya esencia será, así, la inscripción del sujeto en el lugar del Otro. A medida que construye esta teoría, Lacan reinterpreta al descubrimiento freudiano poniéndolo en consonancia con varias disciplinas. El trayecto estará marcado por el rigor con que se apoya en el concepto de *significante* gracias al cual podrá, en suma, no sólo enunciar su célebre axioma: "el inconsciente está estructurado como un lenguaje" que expresa su construcción de un inconsciente sin profundidad, sino también, producir un concepto de sujeto que dejará de ser sustancia o síntesis, como en la tradición clásica de la filosofía y después de la psicología científica, para convertirse en efecto significante.

Hay que recordar, sin embargo, que no todo es significante en Lacan, de manera que, en la división subjetiva opera, asimismo, la pulsión cuya satisfacción se lee como goce. Del intercambio que se establece en el ser viviente entre lenguaje y goce, y en el que este último se pierde, queda, no obstante, un resto, ligado a esas zonas límites del cuerpo que Freud había llamado erógenas. Lacan aísla

10. PAZ, OCTAVIO. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las Trampas de la Fe* (1982).

bajo el nombre de “objeto a” esos objetos que, obedientes a la demanda para su producción, son las diferentes formas en que se manifestará el residuo (plusde -goce) para el ser hablante. Sin pretender resumir aquí toda la gramática pulsional de Lacan, lo que cuenta es que la pulsión parcial es representante de la falla por cuyo camino se instaura la sexualidad en el campo del sujeto y que será lo que éste irá a experimentar como deseo. En resumen, el sujeto es aquí ese agujero, es decir, es producido como falla o falta en ser. Como ser, entonces, no es nada más que el trozo sustraído. Aparece así la equivalencia entre el sujeto y el objeto *a*.

En este punto se advierte que el descubrimiento del psicoanálisis es el de un ser del hombre estrictamente inédito en la historia. Un ser del sujeto absolutamente sensible al significante, que es lo que lo hace intentar forjarse un lazo con un *partenaire*, lazo cuya fórmula no posee porque está reprimida, pero que lo captura insistentemente en el movimiento de las identificaciones. Sujeto, además, que es también lo contrario de “amo”, o sea, “siervo” de un goce que bien puede contradecir su bienestar. De hecho, por eso la gente va a analizarse: porque el goce se ha vuelto imposible de soportar y, en términos de síntoma, no sabe lo que le pasa. Busca, en consecuencia, saber sobre la verdad de su goce.¹¹

Hay, para terminar, un cabo más que recoger. Exactamente en 1969, y cronológicamente entre la conceptualización del objeto *a* como causa de deseo y del concepto de goce, Lacan elabora la formalización conocida como “de los cuatro discursos” en la cual cuatro términos y cuatro lugares superpuestos, y en la que los desplazamientos lógicos conservan su orden de sucesión, culminan en la individualización de los cuatro modelos de discurso de los cuales dispone la especie humana: el discurso del inconsciente, el discurso de la histeria, el discurso universitario y el discurso del psicoanálisis. La noción lacaniana de *discurso* se aparta tanto del uso corriente como de su significación lingüística, para designar, en cambio, “lo que regula según un orden preciso los vínculos que los seres humanos establecen entre ellos sin saberlo”¹² determinando no sólo su manera de dirigirse a otro, sino también su manera de situar al otro a quien se dirigen. En todo caso al ser cuatro configuraciones significantes que se diferencian y especifican por su distribución espacial, no representan progreso histórico alguno, ninguna culminación, ninguna jerarquía. Nos eligen, más allá de nuestra voluntad, de nuestro “querer decir”. La palabra, de esa manera, no sólo servirá para disfrazar el pensamiento del sujeto, sino también para una función digna de subrayarse: indicar el lugar de ese sujeto en la búsqueda de lo verdadero. Los cuatro modelos, finalmente, permiten diferenciar qué es lo que aparece, en cada caso, en el lugar de la producción. Cito según el orden en el que se nombraron los modelos: objeto *a* (causa del deseo pero también, como vimos, resto o desecho), S2 (nuevo saber como articulación simbólica), \$ (el sujeto dividido que pulula en las universidades), y S1 (significante-Amo, significante del poder, que marca la aparición de lo nuevo a partir de la nada; algo que no es significante).

11. Para seguir la teorización lacaniana del sujeto remito a la conferencia de JACQUES-ALAIN MILLER, “Lacan clínico”, *Matemas II* (1988), 116-136, que sirvió de apoyo a mi exposición.

12. CLASTRES, GUY, “Sobre la noción de discurso en Lacan”, *Analítica* 8 y 9 (1986), 15-28.

3. - Más allá de las extraordinarias posibilidades teóricas que la conceptualización lacaniana del sujeto y la formalización de los discursos ofrecen en general, me propongo adelantar algunas formulaciones sobre su valor y operatividad en relación con:

- 1) el tema biográfico en sentido amplio;
- 2) los casos en los cuales lo significativo está en la obra de los personajes en cuestión.

En el primer caso, más que una biografía (en el sentido genético-cronológico del término), resultará una *construcción*, posible en tanto los documentos accesibles rescaten la palabra del sujeto (notas íntimas, diarios, memorias, epistolarios, etc.). A partir de su articulación significativa no se perseguirá desentrañar intencionalidad alguna, según la manera postulada por ciertos historiadores y novelistas,¹³ sino, únicamente, la *producción de un sentido* organizado, a su vez, en términos de dos dimensiones: la del contexto histórico-social del personaje y la de su verdad como sujeto. En otras palabras, desde aquello con lo cual se haya constituido como tal. Sin embargo, esto último es estrictamente inaccesible y es el punto, precisamente, donde sucumben los intentos reiterados de “psicoanalizar” personajes históricos. Se olvida, en efecto, que sólo hay análisis bajo transferencia y que la lectura cuidadosa de los documentos no puede sustituir al dispositivo ni hacer hablar al inconsciente. Si a veces se puede aprender algo de ellos sobre el deseo del sujeto (es decir, sobre aquello que más allá de su decir lo mueve), hasta el punto de pensar en estructuras —histeria obsesión— o en rasgos perversos si el deseo aparece ligado a un objeto particular, hay que recordar que el *fantasma* —dimensión fundamental de la cura en la que se juega su final en términos de un cambio en la posición del sujeto— sólo puede producirse como construcción del analizante.

Lo que resulta, entonces, es algo de lo que celebraba Arendt en la cita leída anteriormente: la iluminación de un tiempo histórico desde el prisma de una historia individual.

Ese fue precisamente mi recorrido, y también mi punto de llegada, al trabajar (desde sus *Notas Intimas*) el caso de Julio C. Salas un intelectual venezolano de fines del siglo XIX y principios del XX, figura relativamente secundaria en el conjunto de los llamados “positivistas”, e iniciador de los estudios etnológicos y sociológicos en el país. Su obra, poco conocida, era categóricamente apreciada, sin embargo, como etnológica y catalogada de científica.

El análisis, realizado según los modelos de discurso me permitió llegar a conclusiones interesantes, toda vez que, en cada uno de los momentos —o textos— considerados, se pusieron en juego, a partir de las posiciones, distintas en cada caso, de Salas como sujeto, las condiciones de Venezuela para la época. Y curiosamente —y a diferencia de la crítica tradicional aludida— sólo en relación con uno de los textos (el primero de la serie cronológica), puede identificarse al autor

13. Balzac, por ejemplo.

como colocado en el discurso de la ciencia.¹⁴ Este descubrimiento, permitido por la formalización, es lo que sostiene la operatividad y el valor de los modelos, permitiendo abordar desde una nueva plataforma la historia crítica del pensamiento social y político.

Queda, todavía, un punto por retomar a partir de la lógica de los cuatro discursos. Y es la cuestión de la creación, que como tal hay que diferenciar de la mera producción. Si el discurso de la ciencia produce, en efecto, un nuevo saber en términos de articulación simbólica (S2), queda claro ahora que aquello que el psicoanálisis revela del acto creador, y lo que en él está en juego, es precisamente lo que se inscribe en la fórmula del discurso analítico: la creación de algo nuevo a partir de la nada,¹⁵ algo que no es significativo pero que tiene lugar en un decir y que, al crear un significativo nuevo, cambia al sujeto de ese decir.

Esto trae consecuencias porque el acto, que siempre ha sido considerado como opuesto al verbo (sus terrenos privilegiados han sido, en la historia, la guerra y la política), va a aparecer como teniendo lugar en un decir, o lo que es igual, con referencia a lo simbólico. Y, en tanto el agente es el objeto, lo importante no será ya el "hacer" sino el "ser".

Para concluir, deseo atrapar nuevamente algo que ha estado a punto de escaparse por la tangente y que apenas puedo asomar aquí. La atracción por la biografía no es algo de lo cual sea posible dar cuenta desde las ciencias humanas según las distintas maneras examinadas. Se dibuja, en cambio, como una forma más de la fenomenología que, en el mundo moderno, apunta al *individuo*. En *esos términos*, y para simplificar, sólo puede ser llamado con un nombre viejo: *el síntoma* o *malestar en la cultura*. Crisis de civilización que deberá, sin duda ser afrontada en posición de analizante, en la búsqueda del saber sobre la verdad.

SIN ESTADO DE DERECHO*

Por NICOMEDES ZULOAGA

La Administración de Justicia no es sino una parte, importante, pero sólo una parte del Estado de Derecho. Es cierto que sin administración de justicia no hay Estado de Derecho, pero si no hubiera Estado de Derecho regresaríamos al "antiguo régimen" donde el monarca hacía ley su voluntad y los individuos estaban relegados a la condición de súbditos. Sin Estado de Derecho no hay li-

14. Desarrollos posteriores de la formalización han permitido identificar al discurso de la historia como discurso de la ciencia. Ver, por ejemplo, PIERRE NAVEAU, "Discurso de la ciencia y discurso de la histórica", en *Aspectos del malestar en la cultura* (1987).

15. En el sentido de la filosofía medieval, como realismo lógico.

* Resumen de charla dictada ante los integrantes del Grupo Santa Lucía, en La Romana, República Dominicana el 11 de octubre de 1990.